

# Una estrella llamada mami

Karen-Susan Fessel\*

**H**oy en la mañana me desperté y lo primero que hice fue mirar el calendario que cuelga en la pared. Sólo ocho días más y tendré once años. Janni dice que el cumpleaños número once es muy especial, pero eso lo dice siempre que cumpla años. Por ejemplo, el año pasado estábamos cenando en la mesa mami, papi, Ruben, Janni y yo, cuando de pronto dijo Janni: “Atención todos, Louise va a cumplir diez años”. Puso una cara muy seria y me tuve que reír porque se veía muy chistoso. En ese momento Janni me miró fijamente y dijo: “No te burles Louise, el cumpleaños número diez es muy especial”, y cuando le pregunté por qué, me respondió, “Bueno, porque uno sólo cumple una sola vez en la vida diez años y eso es suficiente para que sea muy especial”. Papi frunció el ceño, pero se reía y mami también. Sólo mi hermanito Ruben no entendía bien lo que pasaba, pero es claro porque sólo tenía cinco años.

Pero esta vez creo que Janni sí tiene razón. Este cumpleaños sí es muy importante porque es el primero que voy a pasar sin mami. Mami se murió hace tres meses y por eso ya no está más con nosotros, sino como una estrella en el cielo. Sí, mami es una estrella.

Obviamente yo sé que las estrellas no son cuerpos en el cielo que son iluminados por el sol y esas cosas, pero al fin y al cabo mami dijo que ella se convertiría en una estrella. Además, el universo no ha sido totalmente investigado y, quién sabe, puede ser que las personas de verdad se conviertan en estrellas cuando se mueren, como decía mami. Yo creo que papi de algún modo también cree que mami es una estrella, porque a veces, en la noche, sale al jardín y sencillamente mira al cielo. A veces nos lleva con él. “¿Ven la estrella allá arriba?”, nos preguntó papi la primera vez que salimos. “Una de esas es mami. Mami es ahora una estrella que nos ilumina desde arriba”. “¿Y cuál?”, quería saber Ruben. Papi movió la cabeza. “No lo sé, son muchas, pero una de esas es mami, de eso estoy seguro”. “¿Y qué tan lejos están las estrellas?”, le pregunté. Por un momento no pronunció palabra. Me abrazó fuertemente y dijo: “Interminablemente lejos, más lejos de lo que cualquiera pueda ir”. “Nosotros no podemos ir a las estrellas, pero ellas nos pueden ver”. “¿Y mami de verdad no va a volver nunca más?”, preguntó Ruben. Él todavía pregunta eso de vez en cuando y siempre me entristece. “No”, respondió papi, “mami no va a volver,

---

\*. Escritora alemana. Fragmento de la novela del mismo nombre. Traducción de Efraín Guzmán Ojeda

pero se va a quedar para siempre allá en el cielo y por eso es como si nunca se hubiera ido del todo. Mami siempre va a estar allá arriba y nos iluminará desde el cielo. Y un día nosotros mismos nos convertiremos en estrellas e iluminaremos a otras personas”. “Pero, ¿mami no se siente sola?”, le preguntó Ruben. “No, Ruben”, le respondió. Mira todas esas estrellas que están alrededor de ella. Ellas están tan cómodas allá como ustedes en sus camitas, a donde por cierto ya es hora que se vayan”.

Normalmente tengo permiso de dormirme más tarde que Ruben, pero esa noche me acosté con gusto a la misma hora que él, me acurruqué bien en la cama y desde ahí, incluso, podía ver algunas estrellas a lo lejos, y estoy totalmente segura que una de ellas era mami.

Mami tenía que ir cada vez más al doctor y lentamente entendí que eso no tenía que ver con exámenes de rutina como ella me había dicho. A lo que me refiero es que yo sé que nadie va tanto al Doctor sólo por exámenes de rutina. Después de un tiempo ya sospechaba que algo no andaba bien con mami, pero al principio ella no me quería decir qué le pasaba. “¿Por qué tienes que ir tanto al médico, mami? ¿Cuáles son exactamente los exámenes que te hacen allá?”, le pregunté un día. Ella dudó un poco antes de responder. “Son exámenes preventivos de cáncer y algunas veces se tienen que hacer a fondo para que a uno no se le pase nada”. Esa fue la primera vez que ella pronunció esa horrible palabra, cáncer. Obviamente yo había escuchado algo sobre eso: que fumar da cáncer en los pulmones, que además la abuelita de Becky, mi mejor amiga, se murió de cáncer, aunque eso fue hace mucho tiempo, incluso antes de que Becky naciera. Yo creía que solo a los fumadores y a los viejitos les daba cáncer. Por eso, cuando mami dijo lo de los exámenes preventivos, dije: “Pero si tú no fumas”. Mami se mordió los labios y respondió, “No, yo no fumo, pero eso no tiene mucho que ver. Uno también puede tener cáncer aun

**Obviamente yo sé que las estrellas no son cuerpos en el cielo que son iluminados por el sol y esas cosas, pero al fin y al cabo mami dijo que ella se convertiría en una estrella. Además el universo no ha sido totalmente investigado y quién sabe, puede ser que las personas de verdad se conviertan en estrellas cuando se mueren, como decía mami.**

cuando no fume. A todos les puede dar cáncer”. “¿También a niños?” “Sí”, fue lo único que dijo mami y eso, primero, tuve que digerirlo. Puede ser que en ese entonces mi conocimiento era bastante reducido, pero eso era algo nuevo para mí. Yo debí haber tenido una cara de tonta, porque mami dijo rápidamente, “¿Te acuerdas del niño de tu jardín infantil, Jens, que murió de leucemia?” “Debilucho”, respondí enseguida. En realidad eso sucedió mucho tiempo atrás y yo tenía la edad que tiene Ruben ahora. Yo sólo recuerdo que Jens tenía el cabello rojo y lloraba cada vez que uno le quitaba algo. Luego, cuando nunca más volvió, la profesora dijo que había muerto de leucemia. En aquel entonces no entendí qué era leucemia, ni imaginaba qué tipo de enfermedad era esa; es más, tampoco lograba entender qué significaba que Jens estuviera muerto. Rápidamente me olvidé de él, y sólo lo recordé en el momento en que mami lo nombró. “Si, pero Jens tenía Leucemia y no cáncer”, respondí. “Hay muchas formas de cáncer y la leucemia es una de ellas”, explicó mami. “Cáncer en la sangre”.

Todo esto me desconcertó tanto que olvidé por completo seguir preguntándole por sus exámenes. Esa noche busqué en mi enciclopedia infantil sobre el cáncer, pero sólo encontré un signo zodiacal y nada sobre la enfermedad. Antes de dormirme me prometí preguntarle más a mami al día siguiente, pero lo olvidé. Sólo hablamos del tema unas semanas después.

Poco después comenzaban las vacaciones de verano. Realmente queríamos ir a España y estaba planeado desde hacía mucho tiempo. Ruben y yo estábamos felices, pero el primer día de las vacaciones mami dijo que lastimosamente no podíamos viajar.

Habíamos terminado de almorzar y Ruben ya estaba en la sala jugando con sus carritos, cuando mami dijo al mismo tiempo que lavábamos los platos: “Louise, lastimosamente no vamos a poder viajar a España”. Casi se me cayó la toallita de secar los platos. “¿Por qué no? ¡Yo creía que eso era seguro! Nosotros queríamos arrendar esa casa que habíamos visto en los folletos (Bro-



chure)” “Sí, eso es cierto”, dijo mami y me dio otro plato para secar. “Pero ahora no podemos viajar. En realidad Ruben, tú y papi pueden viajar, pero yo no”. “¿Por qué no?”. Mami frunció el ceño, entonces dejó de lavar y me quitó el plato de las manos aunque todavía no estaba seco y me llevó a la mesa.” Siéntate Louise, tú y yo tenemos que hablar seriamente”. Al sentarme tenía un mal presentimiento en el estómago. Mami me miró a los ojos. “Mira Louise, la próxima semana tengo que ir al hospital por dos semanas. Al principio papi y yo pensamos que ustedes se fueran a España sin mí, pero ayer decidimos que nos quedamos mejor todos en casa”. “¿Pero, por qué tienes que ir al hospital?, ¿qué es lo que te pasa?” Hablé con una voz bastante aguda gracias al nerviosismo que tenía. Mami me acarició la mejilla con su mano y dijo: “Me tienen que operar, tengo un nudo en el pecho y lo tienen que sacar. Después, tengo que tomar medicamentos para que no quede nada”.

Yo escuchaba cómo Ruben hacía ruidos como motor con sus carritos y tuve que tragar porque tenía una bola en la garganta. “¿Qué tipo de nudo es ese?”, pregunté. “Una especie de úlcera. Un tumor”. Cuando mami dijo tumor, se prendió una lucecita en mí. En realidad más que una lucecita, fueron fuegos artificiales tan coloridos y brillantes los que explotaron en mi cabeza, que me dolían los ojos. “¿Eso quiere decir que tienes cáncer?” Mami me miró mucho tiempo fijamente y luego miró al jardín, donde una lenta brisa hacía mover las hojas. “Sí”, dijo finalmente sin verme a los ojos. “Eso es lo que quiere decir”. Yo estuve un buen tiempo petrificada en la silla y luego pregunté: “¿Eso quiere decir que te vas a morir?”. Mami tomó mi mano entre las suyas y apretó fuertemente. “No”, dijo mirándome a los ojos. “Eso no obligatorio. Es verdad que uno se puede morir de cáncer, pero no todo el que tenga cáncer se tiene que morir. Por lo menos yo no tengo planeado morirme. Voy a hacer todo lo posible para que eso no suceda”. “Yo también”, dije en voz baja, aunque no tenía ni la menor idea de qué hacer además de abrazar a mami bien fuerte. Y eso fue lo que hice.

La mañana siguiente me desperté porque Janni se sentó en la esquina de mi cama. “Buenos días Princesa”, dijo. “¿Quieres ir de excursión? Yo quiero ir a fotografiar el Wasserschloss Holstenburg (Castillo rodeado de agua) y ahí no puede faltar una princesa”. “Primero le tengo que preguntar a papi”, respondí con sueño todavía. “Todo ya está hecho. Chocolate y cereal están en la mesa de la cocina. La señorita solo tiene que vestirse”. Janni no había terminado de hablar, cuando yo ya había saltado de la cama. “A propósito, te tengo que saludar de parte de Manuel”, dijo Janni. “Él quería venir, pero tenía algo importante que hacer”. “¿Manuel? ¿Dónde lo has visto?”. “Bueno, nosotros nos vemos de vez en cuando”, respondió Janni. “¿Tenía razón! Sabía que él te gustaba. ¿Ya son novios o sólo amigos?” Janni sonrió. “Bueno, yo diría que novios, pero no le digas nada a nadie porque apenas nos estamos conociendo”. “Prometido”, respondí. Me puse mis zapatillas. Por fin un día que comenzaba con buenas noticias. El castillo estaba a media hora de viaje en carro; era viejísimo y fue construido con piedras fuertes y negras sobre una isla en medio de un lago. Algunos patos nadaban en el agua, mientras yo

**Detrás del pato  
venían sus polluelos  
nadando tan rápido  
como podían. Al  
verlos como buscaban  
desesperadamente  
a su mamá, me  
di cuenta que las  
lágrimas se me  
salían de los ojos.**



ayudaba a Janni a alistar su cámara. “Un momento, un poquito a la izquierda”, dijo Janni. Entre los dos logramos mover la cámara en su trípode hasta que Janni estuvo satisfecho. “Bueno, esto puede durar un poco; mientras tanto ponte cómoda”. Me alejé un poco, me recosté sobre el pasto, me quité las zapatillas y veía a Janni hacer su trabajo. Él tenía una cara muy seria y cada vez que disparaba la cámara, decía algo que no alcanzaba a escuchar. Cuando terminó un rollo se sentó al lado mío. “Bueno, ¿tú no quieres reclamar el bono que te regalé de cumpleaños para viajar conmigo a Holanda? Piénsalo bien, porque ahora tendría dos semanas libres. “Pero, eso puede demorar mucho tiempo. ¿Cuánto tiempo crees que durará?”, pregunté. Janni se volteó hacia mí y me miró fijamente a los ojos. “No lo sé Louise, quizás mucho tiempo”. “¿Y qué pasa si ella nunca más se mejora?” Yo tenía otra vez ese nudo en la garganta y le hice a Janni la pregunta que desde hace tiempo tenía en la cabeza. “¿Tú crees que mami se va a morir?” “Bueno, algún día nos vamos a morir todos”. “Eso ya lo sé”, respondí con rabia. “Pero, ¿qué crees de mami?”. Janni puso su cara sobre sus manos, y dijo, “Puede ser que se mejore, pero también que no”. “¿Y si no se mejora eso quiere decir que se va morir?” “Eso creo”, respondió Janni. Fue horrible escuchar eso, pero de algún modo también fue bueno. Todos hablaban siempre de mejorarse, pero nadie de morirse y eso era lo que más miedo me daba, que mami se pudiera



morir. “Pero tu madre”, siguió Janni, “es una luchadora: ella no se rinde tan fácilmente”. “¿Crees que mami tiene miedo?” Janni asintió. “Todos le tenemos miedo a la muerte porque no sabemos qué viene después”. “Yo creo que papi también tiene miedo”, dije. “Se está comportando muy extraño”. “Sí”, respondió Janni. “Yo también me he dado cuenta de eso. Yo creo que no sabe cómo manejar la situación”. “¿Será que él cuenta con que mami se muera?” “Puede ser”, respondió Janni. Tomó aire. “A nadie le gusta hablar sobre la muerte. La gente tiene miedo de hablar de eso, porque creen que así la invocan. Pero yo no creo eso. A mí me parece que cuando se acerca la hora hay que hablar de la muerte para poder prepararse”. “¿Pero cómo sabe uno que la hora está llegando?” Janni se tocó la oreja. “Realmente no lo sé, de pronto uno sencillamente lo siente”. Me quedé en silencio recostada sobre el pasto mirando hacia el cielo. No había ninguna nube en el cielo. Solo el sol brillaba sobre nosotros; paulatinamente me dio mucho calor. Me puse de pie y fui hacia el lago. Me senté en la orilla y puse mis pies en el agua. Los patos nadaban curiosos alrededor. Uno de ellos se fue del grupo y nadó directamente hacia mí. Yo sólo pensaba en lo que Janni acababa de decir, eso que uno siente cuando la hora de la muerte está por llegar, pero todo lo que sentía era una inmensa tristeza. Cerré los ojos porque tenía miedo de llorar. Cuando los abrí otra vez, el curioso pato estaba en frente mío y na-

daba de un lado para el otro. Detrás del pato venían sus polluelos nadando tan rápido como podían. Al verlos cómo buscaban desesperadamente a su mamá, me di cuenta de que las lágrimas se me salían de los ojos. “Hi”, susurró Janni a mi oído y me abrazó. “Incluso los polluelos tienen mamá”, dije yo. “Yo quiero que mi mami se quede conmigo”. Janni me meció en sus brazos. “Claro”, dijo en voz baja. “Pero tu mami siempre será tu mami sin importar lo que pase. ¿Y no te parece que ella se entristecería si te viera así?”. “Eso no me importa”, grité yo y me sequé las lágrimas de los ojos. Pero obviamente no me daba lo mismo y a Janni tampoco. “¿Pero a mí no me da lo mismo! Me parece que a tu mami le debemos alegrar sus días en vez de provocarle tristezas”. “¿Pero cómo?”

Los polluelos se habían reunido alrededor de su madre. Como se dieron cuenta que conmigo y Janni no había nada de comer para ellos, se alejaron lentamente de la orilla. “Ahora vamos a hacer una fotos bien lindas de ti. La princesa enfrente de su castillo y eso va a hacer feliz a la reina, ¿no te parece?” “Pero tengo los ojos llorosos”. Janni se sonrió y me echó una mano llena de agua del lago en la cara. “Eres un malvado”. Lo traté de agarrar pero Janni se levantó más rápido y corrió lejos de mí. Yo corrí como un rayo pero no pude alcanzarlo. Nada extraño, al fin y al cabo Janni tiene piernas más largas.

A mami le parecieron las fotos muy bonitas. “Te ves igual que yo cuando tenía tu edad”, dijo ella, mientras le mostraba una foto a papi, donde tenía la camiseta mojada y una sonrisa de oreja a oreja enfrente del castillo. “Mírala, ¿sí o no?”. Papi alzó los hombros. “A esa edad no te conocía y a mí me parece en realidad que ella se parece más a mí”. Me tuve que reír. Desde que tengo uso de razón, mis papás se han peleado por quien se parece más a quien. A mí me parece que yo me parezco a mí misma y ya, aunque los ojos verdes los tengo de mami y el cabello rubio de papi. En cambio Ruben tiene el cabello tan oscuro como el de mami, pero los ojos tan azules como los de papi. Mami lo negó con la cabeza y colocó las fotos a un lado de las camisetas que Ruben y yo le regalamos para que nos recordara. En ese momento tuvo que toser, bastante fuerte por cierto, y su cara blanca se puso muy roja. “Dios mío, pero no miren tan angustiados”, dijo al recuperar el aliento. “Uno tiene derecho a toser”. Papi se levantó, se estiró y dijo: “Me voy a buscar...” “...un café”, terminé su oración. Papi y mami sonrieron. “Exacto. ¿Vienes conmigo Ruben?” Ruben asintió rápidamente. Él ya estaba aburrido desde hace tiempo. Habíamos llegado hacía una hora y a él parecía darle lástima estar en el cuarto de mami todo el tiempo sin poder disfrutar el clima tan lindo que hacía. Cuando papi y Ruben se habían ido, mami posó sus manos detrás de su cabeza y me miró seriamente. “Di lo que tengas que decir, hay algo que tienes en el corazón”. Increíble que mami siempre se diera cuenta de eso. Titubeé un poco. “Yo... hablé hace poco con Janni”. “¿Y qué te dijo?”, preguntó mami tranquilamente. Si uno la analizaba bien, parecía estar de muy buen

humor, aunque había perdido mucho peso y estaba un poco débil. Me di cuenta de que tuvo dificultad para mover la bandeja con el vaso de agua cuando llegamos al cuarto de ella. Mami todavía me miraba curiosa, pero aunque lo intentaba, las palabras no querían salir de mi boca. Mami me ayudó. “Cuando hablamos por teléfono, me preguntaste qué pasaría si el cáncer nunca se va, dijo ella. “Y dijimos que hablaríamos de eso. ¿Es eso lo que tienes en el corazón?”. “Sí”, susurré yo. Estaba feliz de que por fin hubiera salido. Mami se agachó y me tomó en sus brazos. Yo la abracé fuerte y recosté mi cabeza a su cuello. Extrañaba muchísimo eso. “¿Te dijo Janni que quizás yo me muera?”, preguntó mami. Yo asentí. Otra vez tenía ese nudo en la garganta. “Janni tiene razón. Es posible que nunca me mejore. Los médicos no pueden hacer mucho más por mí. Sabes, el tumor volvió a crecer. Está en muchos lugares de mi cuerpo, así que ya no lo pueden sacar con una operación. Y también parece que los medicamentos ya no ayudan”. Yo me acurruqué bien pegada a mami y cerré mis ojos, mientras mami me acariciaba la cabeza. “Janni dice que uno siente cuando llega la hora”, susurré. “¿De morirse?”, asentí y mami también. “Es posible. He conocido aquí a gente que dice eso, pero lo importante es que se pueda hablar así”. “Pero eso no lo hace nadie. Todos hablan y dicen que te vas a mejorar, incluso papi”. “Yo sé”, dijo mami. “Papi no quiere aceptar que yo de pronto me muera. Papi necesita tiempo para eso”. “¿Mami, tienes miedo?”. Mami respiró profundo y pude oír el ruido en su pecho. “Al principio tenía muchísimo miedo, pero lentamente me acostumbré a la idea que quizás no viva mucho más tiempo. Además no creo que la muerte sea algo horrible. De pronto, viene después algo muy lindo. Quizás me convierto en una estrella en el cielo y los miro desde arriba”. Eso se oía muy lindo. Una estrella en el cielo no es nada malo, ¿sí o no? Las estrellas son algo lindo, iluminan el cielo y siempre están ahí aunque uno no las vea. “Pero entonces yo me quedo sola”, dije. “No”, respondió mami. “Tú no estarás sola. Tienes a papi, Ruben, Janni y Becky. Tú vas a conocer mucha gente en tu vida. Nunca vas a estar sola y a mí no me vas a perder. Yo siempre voy a estar ahí, en tu corazón y mente y te iluminaré desde el cielo”. Mami comenzó a toser, pero esta vez fue muy corto. “Pero todavía falta mucho para eso”. “Por ahora no tengo en mis planes morirme, por ahora voy a seguir luchando. De la manera como lo dijo, con ojos radiantes y el cabello rizado, se lo creí enseguida. Mami tomó mis manos en las suyas y dijo, “Oye Louise, vamos a hacer un pacto. Tú dejas de estar tan triste y yo te aviso cuando sienta que la hora ha llegado de comenzar a despedirnos, ok?” “Perfecto”, respondí. Mami sonrió. “Y quiero otro favor tuyo”. “¿Qué cosa?”. “Que entre las dos hagamos algo contra el miedo”. “¿Pero cómo?” “Bueno, ahuyentarlo con risas”, dijo mami. “Al fin y al cabo eso lo hacemos bastante bien, ¿o no? Solamente riéndonos no vamos a tener miedo”. “Perfecto”, dije por segunda vez. Mami me abrazó y yo me envolví en ella, pero obviamente con mucho cuidado para no lastimarla. ■